

MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia



“Los que no incorporen la IA quedarán afuera del sistema”

Gastón Vilte y Camilo Gómez García

El mito en su contexto actual

“Quien se convierta en el líder en esta esfera [el campo de la inteligencia artificial] se convertirá en el gobernante del mundo”, afirmó Vladimir Putin en 2017. La frase condensa con crudeza la lógica que subyace a uno de los mitos contemporáneos más poderosos: el de la inteligencia artificial como fuerza inevitable, transformadora y totalizante. Lejos de ser una simple innovación técnica, la IA es presentada como el nuevo eje de la competencia global, el factor decisivo para definir jerarquías entre países, empresas y sujetos.

Esta visión es reforzada por líderes políticos y empresariales en múltiples registros. Sundar Pichai, CEO de Google, ha llegado a declarar que “la IA es más profunda que el fuego o la electricidad”, colocándola en un plano casi mítico, como una fuerza civilizatoria superior. En Europa, Emmanuel Macron impulsó la idea de Francia como “nación *startup*”, modelo luego replicado por Pedro Sánchez en España, al adoptar un lenguaje emprendedor y tecnocrático que presenta la digitalización como sinónimo de modernización y eficiencia. Estas narrativas no son neutrales, sino que construyen un imaginario donde adaptarse al “nuevo orden” digital se vuelve una obligación, y resistirse, una forma de obsolescencia.

En este contexto, el mito de la inteligencia artificial funciona como un dispositivo o tecnología en una concepción foucaultiana que organiza sentido y naturaliza exclusiones. Se apoya en el determinismo tecnológico, la idea de que el desarrollo técnico avanza de forma autónoma e irreversible, y en una idea de meritocracia que reduce la estratificación y la inclusión social al acceso a estas herramientas tecnológicas. Se nos vende la imagen de un tren de alta velocidad en marcha: quienes no logren subirse a tiempo, ya sean trabajadores manuales, personas mayores o comunidades rurales, serán dejados atrás. Ocurre el mismo proceso a nivel estatal o empresarial. Esta nueva carrera por el “desarrollo” está en marcha y no deja opciones: o te subís al tren o te quedás afuera.

Esta narrativa simplifica realidades complejas y silencia las condiciones materiales e históricas que estructuran el acceso desigual al desarrollo tecnológico: pobreza estructural, colonialismo, exclusión territorial. A su vez, convierte a herramientas como ChatGPT y Deepseek en símbolos de una revolución inminente, sin cuestionar qué modelo de sociedad suponen ni quiénes concentran su control.

La promesa de que “todo cambiará” se impone sin espacio para preguntarse qué se pierde en ese cambio, ni quién decide los términos de la transformación. Se nos da una caja negra, donde no podemos ver ni cuestionar los procesos y las tomas de decisiones.

Sin embargo, frente a este relato hegemónico emergen voces críticas. Investigadoras como Timnit Gebru advierten sobre los sesgos raciales y de género que la IA puede amplificar; artistas como Bruce Sterling ironizan sobre el entusiasmo tecnoutópico; y colectivos comunitarios proponen alternativas que priorizan necesidades locales por sobre la eficiencia algorítmica. Estas intervenciones no rechazan la tecnología, sino la forma en que se nos impone como destino, sin debate ni control democrático.

A continuación, al deconstruir este mito, se observa cómo se presenta como una verdad incuestionable, impulsada por narrativas que equiparan el progreso con la adopción tecnológica. Surge de la idea de que la tecnología es una fuerza autónoma e imparable, ignorando que su desarrollo responde a intereses económicos y políticos concretos. Al reducir la inclusión social a un problema de acceso a herramientas digitales, el relato oculta desigualdades históricas —como el colonialismo o la pobreza estructural— que explican por qué millones permanecen al margen.

La imagen de un mundo dividido entre “ganadores” y “perdedores” tecnológicos simplifica la realidad. No todas las sociedades tienen las mismas necesidades, ni todas las tecnologías son útiles para resolver problemas locales. Por ejemplo, comunidades rurales pueden priorizar el acceso al agua potable sobre la digitalización, sin que eso las condene al atraso. Además, el mito asume que la IA es neutral, cuando en realidad reproduce sesgos y desigualdades que existen en nuestras sociedades. Así, la tecnología no es una solución mágica, sino un reflejo de las desigualdades existentes.

Al plantear un dualismo entre adaptación y obsolescencia, el mito bloquea debates sobre modelos alternativos. ¿Por qué no cuestionar un sistema que exige productividad infinita a costa del ambiente? ¿O uno que concentra el control de la IA en las corporaciones? De modo que relativizar el mito permite preguntar: ¿fuera de qué sistema quedamos? Si el sistema es un orden económico que prioriza el crecimiento sobre la vida, quizás excluirse sea un acto de resistencia. La clave no es temer a la IA, sino decidir colectivamente qué papel debe tener en la construcción de futuros más justos.

En definitiva, el mito no es una advertencia, sino un mecanismo de control. Busca que aceptemos un mundo donde la tecnología sirve a unos pocos, en lugar de imaginar uno donde sirva a todos. Desmontarlo no implica negar los avances, sino recordar que el verdadero “sistema” debería ser aquel donde la dignidad no dependa de algoritmos.

“Los que no incorporen la IA quedarán afuera del sistema”

El mito se sostiene en conceptos abstractos cuyos significados, al no ser problematizados, refuerzan una narrativa simplista y determinista. Uno de estos conceptos es la noción de progreso, presentada como un trayecto lineal e incuestionable, en el cual la adopción de la inteligencia artificial es sinónimo de avance. Sin embargo, esta interpretación ignora que el progreso puede adoptar múltiples definiciones. Para algunas comunidades, por ejemplo, puede implicar garantizar el acceso al agua potable o a la educación pública, prioridades que no necesariamente dependen de soluciones algorítmicas. Al reducir el progreso a la eficiencia tecnológica, el mito desplaza el debate sobre qué tipo de desarrollo resulta deseable, y para quién.

El término sistema, igualmente central en el mito, opera como una abstracción que contribuye a ocultar relaciones concretas de poder. Cuando se alude a la posibilidad de “quedar fuera del sistema”, pocas veces se explicita a qué sistema se hace referencia: ¿al económico, fundado en la acumulación privada? ¿Al político, controlado por élites tecnocráticas? En lugar de clarificar estas dimensiones, el mito presupone implícitamente un orden capitalista globalizado en el que la IA actúa como instrumento de control. No obstante, existen formas de organización social que no dependen de estas tecnologías digitales —o al menos no de su actual lógica de uso—, por lo cual la exclusión tecnológica no debe entenderse como un destino inevitable, sino como una imposición política.

La llamada revolución tecnológica, presentada en el mito como un proceso inevitable, es en realidad un terreno de disputa. Las revoluciones no son fenómenos naturales, sino construcciones históricas atravesadas por relaciones de poder, donde hay ganadores y perdedores. Al representar a la IA como una fuerza imparable —una especie de tsunami técnico— se evita deliberadamente interrogar quiénes la impulsan (corporaciones, gobiernos) y qué intereses se encuentran en juego. La historia demuestra que toda revolución tecnológica ha consolidado privilegios: la industrialización del siglo XIX no fue un proceso neutral, sino que profundizó desigualdades y concentró riqueza en manos de una minoría. La inteligencia artificial, en este sentido, no constituye una excepción.

En conjunto, estos conceptos abstractos funcionan como dispositivos retóricos que desvían la atención de las preguntas verdaderamente urgentes: ¿qué valores deben guiar el desarrollo tecnológico? ¿Cómo impedir que la IA agrave desigualdades en lugar de mitigarlas? El mito, lejos de ser un diagnóstico neutral, constituye una herramienta ideológica destinada a naturalizar un orden social en el cual la tecnología opera en beneficio de unos pocos.

Estos conceptos abstractos, al proyectarse sobre la vida colectiva, se materializan en actores y procesos sociales específicos, así también esta narrativa involucra organización de sus participantes.

Organización social

El mito incluye actores como trabajadores, empresas, instituciones de orden público y también medios de comunicación. A su vez, estos actores se vinculan con diferentes procesos, como la reestructuración en el poder público, la consolidación de la educación digital, la automatización laboral en rubros específicos, entre otros.

La sociedad frente a estos cambios y adaptaciones avanza con la incorporación de todos estos procesos y como movimiento de masa. Quienes no se adaptan a esta evolución tecnológica quedan por fuera de la gran masa social.

Este mito principalmente abarca las áreas de educación y laboral. En el caso de la primera, quienes quieran integrarse al campo laboral, inclusive hoy en día, se ven forzados a realizar una formación sobre esta tecnología para sumar como habilidad en los futuros trabajadores. Y en el ámbito laboral, recobran valor la competitividad, la productividad y la eficiencia para poder destacarse en el manejo de estas nuevas herramientas informáticas.

Fuera de zonas urbanas, este mito puede entrar en discusión en zonas rurales, donde la IA no tiene impacto directo todavía y las formas o estilos de vida son variados y no dependen tanto tiempo del acceso a la tecnología.

Poder adaptarse como individuo frente a la IA requiere de la propia voluntad de poder innovar, estar actualizado, evitar la frustración, soportar la presión de la novedad constante para no quedarse atrás o excluido.

Esta narrativa perdura por ideologías como la meritocracia digital, la visión productivista de la sociedad y determinismo tecnológico. Todo esto implica plantear el avance de la tecnología hacia algo inevitable e imparable.

Crear en este mito desde toda la sociedad implicaría en establecer una lógica de eficiencia, donde ésta predominaría sobre otras formas de vida o pensamientos diversos, llevando a que las desigualdades sociales se intensificasen. Y en el caso opuesto, el debate y la crítica serían constantes y determinantes sobre la aplicación de esta tecnología y el tiempo dedicado a ella.

La crítica sociológica

Desde la sociología, esta discusión se vincula con conceptos como modernización reflexiva, capitalismo cognitivo y neoliberalismo. La modernización reflexiva sostiene que los riesgos de la sociedad actual son generados por el propio desarrollo de la modernidad, como ocurre con las tecnologías que pueden producir, de forma indirecta, desempleo o nuevas brechas sociales. El capitalismo cognitivo, por su parte, describe un modelo económico en el que el conocimiento, la

“Los que no incorporen la IA quedarán afuera del sistema”

información y la creatividad se vuelven las principales fuentes de valor, favoreciendo especialmente a quienes dominan habilidades tecnológicas. Finalmente, el neoliberalismo impulsa una lógica individualista donde cada persona debe gestionar su destino sin apoyo colectivo, lo que contribuye a profundizar las desigualdades sociales.

Tal como la plantea Wright Mills, este tipo de miradas no solo debe comprenderse como elecciones o temores personales, sino también como el resultado de transformaciones en la sociedad contemporánea. Al “bajar” el mito a nuestras experiencias cotidianas, podemos observar cómo muchas personas sienten presión por adaptarse tecnológicamente, aunque no se cuente con recursos o la formación adecuada, lo que genera inevitablemente exclusión o frustración. Y si lo “elevamos” a un orden social más amplio, podemos detectar cómo las lógicas del capitalismo cognitivo, la modernización reflexiva y el neoliberalismo dan contorno a un sistema donde el riesgo y el éxito se personalizan, pero no necesariamente responden a las dinámicas colectivas de poder, desigualdad y acceso al conocimiento.

Desde la mirada que brinda Josep-Vicent Marqués, este tipo de afirmaciones terminan siendo formas ideológicas que presentan, a su vez, construcciones sociales como si fueran naturales. Se da por sentado que la adaptación tecnológica es una obligación individual, que quedar fuera del sistema es una consecuencia lógica y que el mercado y la competencia son reglas universales. Todo esto, en realidad, oculta que esas condiciones son producto de decisiones políticas y de estructuras colectivas desiguales. En una sociedad distinta, en la que se garantice un acceso equitativo al conocimiento y se valore la diversidad de capacidades, estos supuestos dejarían de parecer naturales y podrían ser cuestionados. Entonces, la afirmación perdería su carácter autoritario y dejaría de ser una amenaza, abriendo paso a formas más inclusivas de pensar el vínculo entre tecnología y vida social.

Información cuantitativa y perspectiva institucional

Los datos que pueden confirmar lo que se sostiene en este mito se pueden encontrar en el Informe de Tendencias Laborales 2023 realizado por LinkedIn, que muestra un crecimiento rotundo en la demanda de habilidades vinculadas a la inteligencia artificial, como el uso de herramientas generativas o lenguajes de programación específicos. Según ese informe, los perfiles laborales que incluyen estas competencias tienen mayores oportunidades de contratación y grandes expectativas de salario. También se señala que no todas las personas tienen el mismo acceso a estos conocimientos, ya que la posibilidad de adquirirlos está limitada por su nivel educativo, el acceso a la infraestructura tecnológica y su contexto

socioeconómico. La principal limitación de este tipo de datos es que se basan en muestras digitales de usuarios registrados en plataformas profesionales y en mercados laborales desarrollados, lo que deja fuera a amplios sectores informales o regiones con menor conectividad. Esto puede llevar a interpretaciones sobredimensionadas o tendenciosas, reforzando la idea de que el éxito o la exclusión dependen únicamente de la adaptación individual.

Organismos como la Unesco y la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) sostienen que la clave está en garantizar una alfabetización digital inclusiva, regulaciones éticas y condiciones de trabajo más justas, para evitar que las brechas tecnológicas se conviertan en nuevas formas de desigualdad estructural. Por otro lado, en el campo de la sociología del trabajo y la tecnología se plantea que pensar estos cambios como naturales es parte del problema, ya que invisibiliza las decisiones colectivas que pueden determinar cómo la inteligencia artificial se implementa, distribuye y regula en las sociedades.

Síntesis y futuro

Este relato contiene parte de verdad y parte de exageración. La IA está transformando muchas áreas, no solo laborales, y quienes no la incorporen podrían enfrentar desventajas competitivas o cierto grado de exclusión. Sin embargo, no es determinante que quienes no adopten la IA queden automáticamente fuera del sistema, ya que factores como la adaptación progresiva, la diversidad de habilidades humanas, las regulaciones políticas y la continuidad de tecnologías tradicionales permiten que muchas personas y organizaciones sigan siendo relevantes sin depender exclusivamente de la IA.

Nuestra posición es crítica frente al mito que se plantea. Consideramos que la tecnología, incluida la inteligencia artificial, no debe interpretarse como algo neutro ni inevitable, sino como una construcción social atravesada por intereses económicos, políticos y culturales. Por eso, destacamos la importancia de promover un debate público y democrático sobre el lugar que debe ocupar la IA en nuestras vidas, reconociendo las distintas realidades y necesidades sociales.